

LAS AVENTURAS DEL CABALLERO KOSMAS

JOAN PERUCHO

LAS AVENTURAS
DEL CABALLERO
KOSMAS

Prólogo de Julià Guillamon



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: Armadura de caballero en homenaje a su señor.
Finales del siglo XIII, xilografía coloreada a mano;
Nord Wind Picture Archives/Alamy Foto de Stock

Primera edición: abril de 2020

© 1981, Maria Lluïsa Cortés, heredera de Joan Perucho Derechos,
negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© del prólogo: Julià Guillamon, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputació, 262, 2º, 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1151-8

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B. 5902-2020

Impreso en España

A la memoria de Álvaro Cunqueiro

«Se ocupaba de las finanzas públicas».

MIGUEL PSELLOS, *Cronografía*

«Somos unos locos. Nos creemos indestructibles, pero la Muerte se acerca en silencio».

SAN BRAULIO DE ZARAGOZA,
Epistolario

«Fuerza de coraje y lealtad
tienen parentesco».

RAMÓN LLULL

PRÓLOGO

Un caballero extraño y sensual

Releo *Las aventuras del caballero Kosmas* y me parece estar oyendo la voz de Juan Perucho. Pasa con este libro algo singular. Es como si, más que escribirlo, Perucho lo declamara. De pie, en el salón de su casa, en la avenida de la República Argentina de Barcelona, rodeado de libros de historia y lecturas piadosas. De cuando en cuando, se gira hacia la gran estantería o arranca, raudo, hacia el pasillo. Avanza con pasos cortos, arrastrando los pies. Vuelve con un tomo en sus manos y lee un párrafo en castellano antiguo, en catalán medieval, en francés afectado o en latín macarrónico. Sostiene el volumen con la mano izquierda, mientras va leyendo, y con la mano derecha adorna la dicción con movimientos ascendentes y afiligranados. De cuando en cuando se para y subraya una palabra, con los labios en forma de piñón. Se pone de puntillas y deja caer el peso del cuerpo, con un gesto de arrebatado, pone los ojos saltones y mueve de un lado a otro la cabeza como si llevara un muelle.

En las primeras páginas de la novela, habla de flores mutantes. La dicción es susurrante y suave, como si las palabras reprodujeran la transformación intangible de las flores. Cuando habla de reglamentos y leyes, adopta una dicción envarada, de letrado o de *magister*. Más allá, se refiere a un santo desma-

terializado, atado al suelo con una soga, y todo su cuerpo parece desmaterializarse, como si fuera a salir volando. Se agacha un poco, y al incorporarse, ofrece la imagen de un yo flotante. En otro lugar describe un pájaro que picotea, acercándose a la gente. El gesto es muy gráfico y sólo le falta dar unos saltitos por el salón. Esta plasticidad, que no se encuentra en ninguna otra de las novelas de Perucho, es uno de los grandes atractivos de este libro, por encima de la construcción y de la acción. *Las aventuras del caballero Kosmas* es una novela escrita de memoria para ser proclamada y escuchada. La obra de un trovador contemporáneo.

Es curioso que sea así porque tuvo una larga génesis. La idea inicial se remonta a los años sesenta. En aquella época, Perucho escribió varios cuentos de tema bizantino, recopilados, en catalán, en el volumen *Aparicions i fantasmes* y, en castellano, en *Nicéforas y el Grifo* (1968). «Nicéforas y el Grifo», «Las aventuras de Kosmas» y «La bella dama Egeria» se publicaron en forma de artículos en el diario *La Vanguardia*. Los dos últimos de estos cuentos contienen, sintetizado, el argumento de *Las aventuras del caballero Kosmas*: la desaparición de la dama Egeria en un códice propiedad de san Braulio de Zaragoza, la labor de Kosmas como recaudador de impuestos, los autómatas, la cigüeña mecánica, la erudición teológica y la persecución de los textos heréticos, la amistad con Juan de Bicláro y el descubrimiento de las costas catalanas, la relación con san Simeón el estilita, el demonio Arnulfo y el tratado *De las pelucas*. Hacia 1967, Juan Perucho y el fotógrafo Leopoldo Pomés publicaron *Gaudí, una arquitectura de anticipación*, una reivindicación del arquitecto con unas espléndidas fotografías de sus obras. Entre los proyectos que tenían en aquel momento, figuraba un libro sobre pelucas. La fijación de Arnulfo por el tema sale de ahí.

¿Cómo debió surgir la idea de un libro sobre Kosmas? El primer cuento de *La Vanguardia*, «El secretario de san Isidoro» (más tarde «La bella Egeria»), se publicó el 21 de mayo de 1967. Empieza *in medias res*:

En una de sus múltiples navegaciones y viajes, el caballero bizantino Kosmas tuvo una aventura amorosa en España. La cosa terminó mal, porque la dama, llamada Egeria, desapareció misteriosamente rezando la *Didaché* en compañía de una cigüeña mecánica, verde y amarilla, que tenía siempre a sus pies. Luego, al cabo de muchos años, Egeria fue hallada por san Braulio en las páginas de un códice miniado de un convento de Zaragoza. Egeria bordaba en aquel momento unas primorasas rosas azules en un bastidor, mientras la cigüeña repetía incansablemente: *KE*.

¿Fueron estos cuentos el origen de la novela? ¿O, más bien, Perucho había empezado a escribir una novela y, mientras no la terminaba, sacaba de ella elementos para sus colaboraciones periodísticas? Esta segunda idea me parece más verosímil. Explicaría porqué el segundo cuento empieza también *in medias res*:

Mucho antes de enamorarse de la dama española Egeria y de que desapareciera misteriosamente en las páginas de un códice propiedad de San Braulio de Zaragoza, como ya tengo contado en otra parte, el caballero bizantino Kosmas viajó mucho por España, deleitándose ante los grandes paisajes y meditando al pie de los hondos precipicios mientras su capa era agitada arrolladoramente por el viento.

Los dos cuentos contienen el argumento completo. El 30 de agosto de 1969, Perucho volvió sobre el tema: «Contribución al estudio de la vida del caballero bizantino Kosmas». La novela estaba encallada. Perucho la retomaba de cuando en cuando y, como en este artículo de *La Vanguardia*, derivaba de ella una subtrama: la muerte de Simeón el estilita, que no aparece en la versión final.

En 1968, cuando Baltasar Porcel le entrevistó para la serie «Los Encuentros» de la revista *Destino*, Perucho le explicó su proyecto, y le explicó la ambición panorámica subyacente.

En preparación tengo varias novelas, pero me falta tiempo. Un argumento que un día pienso realizar es el de la historia de la concubina de san Agustín. Será una novela con mucha arena calcinada en los desiertos africanos, con un montón de citas de los Padres de la Iglesia y con un personaje femenino, Egeria, que será una hispanoromana de Tarragona y circulará por Cartago y conversará y verá una gran cantidad de cosas muy mágicas, porque allí Simón el Mago realizará inmensos prodigios... Entonces habré escrito tres novelas sobre tres épocas capitales de Cataluña: esta de la concubina agustiniana, será sobre la Cataluña romana (Porcel escribe, por error, *románica*); el *Llibre de cavalleries*, sobre la Cataluña medieval; *Les històries naturals* sobre la Cataluña de la ilustración y de la Renaixença.

En *Joan Perucho, cendres i diamants. Biografia d'una generació* (2015) he explicado con detalle las razones que llevaron al abandono del proyecto de *Las aventuras del caballero Kosmas* en los años setenta. En la etapa final del franquismo confluieron una serie de factores que arrinconaron a Perucho y su literatura: el fracaso del proyecto de Táber, una editorial de-

dicada a la literatura fantástica, que acabó con numerosas deudas; la politización creciente del escenario cultural y de la crítica de arte, que desplazaron a Perucho de la posición de autoridad que había ocupado en los sesenta, cuando era director de la Biblioteca de Arte Hispánico de la editorial Polígrafa, estrechamente vinculado a Joan Miró, y crítico titular de la revista *Destino*. En *Una vida de cine. Pasión, utopía, historia. Lecciones de Vicente Aranda* de Sara Majarín Andrés, el cineasta Vicente Aranda recuerda el encierro de trescientos intelectuales catalanes en el monasterio de Montserrat, en protesta por el Consejo de Guerra celebrado en Burgos contra militantes de ETA. Se celebró el 12, 13 y 14 de diciembre de 1970. Perucho era juez del Estado y se mantenía al margen prudentemente de todas las iniciativas de la oposición antifranquista. No me esperaba encontrarlo en Montserrat. Pregunta Majarín Andrés:

—¿Recuerdas a algunos de los 300 intelectuales?

Responde Aranda:

—¡No, entre otras cosas porque es imposible...! ¡Creo que no existían en toda Barcelona! Había siete u ocho intelectuales de verdad, entre ellos, por ejemplo, Juan Perucho y el citado Miró, que se fueron a su casa, a pesar de que los frailes estaban muy bien equipados y tenían unas celdas muy bien asistidas.

Entonces prometieron que se encerrarían en su vivienda y que no saldrían de allí hasta que se acabara esto.

Al poco tiempo, Miró, como Salvador Espriu y otros pesos pesados de la cultura catalana de la época, se convirtieron en

símbolos del antifranquismo. La anécdota que refiere Aranda me parece muy significativa del progresivo extrañamiento de Juan Perucho respecto a la cultura politizada de su tiempo. Ese extrañamiento es una de las claves de *Las aventuras del caballero Kosmas*, que es una novela sobre la pérdida de las ilusiones de juventud o la incapacidad de cumplirlas en el presente. Perucho había participado en las actividades culturales clandestinas de los años cuarenta, en torno a las revistas *Poesía* y *Ariel*. Pero su actividad profesional y la relación con el grupo conservador de la revista *Destino* le habían distanciado de estos orígenes.

La primera parte presenta al personaje del recaudador de impuestos, en Cartagena, y a la dama Egeria, en Blanes. Y todos los personajes secundarios: san Isidoro de Sevilla, san Braulio de Zaragoza, el autómatas Arquimides II, el buitre cantor Orgo, la lujuriosa Ustania y el demonio Arnulfo. Incluye el episodio destacado del viaje a la inexistente ciudad de Indala y la Fuente de la Juventud.

La segunda parte cuenta la intervención de Kosmas en el Tercer Concilio de Toledo, que representó la conversión al catolicismo del rey visigodo Recaredo. La amistad recién nacida con Biclarense, el viaje a Girona y el compromiso con Egeria.

En la tercera parte se inicia el peregrinaje, hasta Zaragoza, el viaje a Cartago, para visitar a san Agustín, y la ruta por el desierto, en busca de recuerdos y presencias de anacoretas, cenobitas y estilitas: el encuentro con los monjes levitantes de la regla de san Pacomio y con Simeón el Estilita. En esta parte, Kosmas viaja a Jerusalén y visita, en Antioquía, la casa familiar abandonada y en ruinas.

La cuarta parte relata el retorno de Kosmas a Hispania, en un itinerario que le lleva desde Constantinopla a Iliria,

Atenas, Venecia, Roma, Mallorca, Tarragona, Barcelona y Zaragoza.

Como en todas las novelas de Perucho, la trama de *Las aventuras del caballero Kosmas* tiene un componente psicoanalítico y simbólico. La insistencia en reglas, normas, leyes, en la primera parte, remite a la necesidad de integrar ética y poesía, justicia y creación: los dos polos en los que se movía la vida del autor. El Tercer Concilio de Toledo (año 589), con la refundación del orden hispánico, se puede entender como una transposición literaria de la Transición española. Kosmas, un bizantino, forma parte de una minoría que busca acomodo en el nuevo orden de la España visigótica: un catalán. El amor ausente representa el anhelo de absoluto del recaudador de impuestos. Preocupado por las cuestiones monetarias y legales, Kosmas tiene un alma grande. Es un creador, capaz de dar vida a los hombres mecánicos y habla humana a las aves automáticas. Es un enamorado, capaz de renunciar a los placeres por un ideal. Es un hombre perpetuamente joven, que ha sorbido las aguas de la Fuente de la Juventud, que se ilusiona con las cosas más pequeñas. Y, al mismo tiempo, es un hombre maduro, que pone sus ojos en la vejez y busca una vía de fuga a sus ansias espirituales. Cada vez es menos un recaudador de impuestos, un juez, y más un místico, un poeta.

La novela obra una transformación en el personaje de Kosmas, siguiendo el modelo de la novela bizantina de origen grecolatino, también llamada novela de aventuras pelegrinas: de la *Historia Etiópica* (s. IV a.C.) de Heliodoro o de las *Aventuras de Leucipe y Clitofante* (s. II) de Aquiles Tacio a *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (1617) de Miguel de Cervantes. El elemento espiritual no es extraño a estos libros. La novedad de *Las aventuras del caballero Kosmas* es que relata y embellece una renuncia.

Cuando te contaba un artículo, un cuento o una novela que quería escribir, Perucho utilizaba a menudo la palabra «trufar», que tiene un triple sentido: aderezar o rellenar con trufas o criadillas de tierra las aves u otras comidas; introducir elementos extraños en un conjunto determinado, algunas veces de manera subrepticia; engañar, hacer creer que algo falso es verdadero.

Una acepción no pesa más que otra. Perucho mecha el texto con frases, escenas y observaciones apetitosas. Por ejemplo, en la cuarta parte, el joven paje Ugernum, compañero de Kosmas en sus viajes, decide casarse con una chica griega, Juliana, que ha conocido en el Mercado de las Vísceras de Constantinopla. Ugernum tiene como compañero al buitre Orgo, amansado y cantor:

Orgo, que en un principio parecía dispuesto a quedarse con el matrimonio, al ver la clase de negocio al que se dedicaban, no quiso saber nada de ellos, haciendo grandes aspavientos y agrias censuras de Juliana, a la que consideraba culpable del cambio que había experimentado el talante pacífico de Ugernum, su compañero desde la infancia.

Juliana es una excelente desmochadora y destripadora de aves, de ahí su prevención.

Perucho tiene el don de la salida guasona y del comentario ocurrente. Cuando Kosmas encuentra a los veinte cenobitas de la regla de san Pacomio:

Arracimados en el techo, levitando sin peso, como globos de colores, permanecían, rezando la salmodia, unos veinte cenobitas de la regla de san Pacomio, mal rasura-

dos y famélicos. Del pie derecho de cada uno de ellos colgaba una larga cuerda, fácilmente alcanzable al visitante.

Le gusta engalanar las frases para darles un punto de distanciada ironía. Por ejemplo, cuando habla de los oasis:

En aquel caso, las caravanas se veían obligadas a abandonar sobre la arena algunos cadáveres de gente accidentada por la sed y a los que el ardor del sol dejaría muy pronto limpios y pulidos en sus sucintas y blanquísimas osamentas.

«Gente accidentada por la sed», «sucintas y blanquísimas osamentas»: son pequeños gestos personales que sorprenden y divierten al lector.

Me da la sensación de que la verosimilitud y la coherencia cronológica del relato no le importaba mucho. Perucho había tenido la novela largo tiempo frenada. Al reemprenderla, le dio un aire rápido, muy vivo, ideas y referencias se agolpaban en sus páginas. Pero mientras que en los cuentos que publicó en *La Vanguardia* se ceñían a un esquema temporal, la novela prescinde de él completamente. No es sólo que introduzca elementos extraños en la trama, de manera subrepticia, como pretende el diccionario, o que quiera engañar al lector, trufándolo. Es una trufa desvergonzada y sin freno. Por ese camino volvemos al punto de partida: a la figura del narrador o, como decía al principio, del trovador. Sobre la base de la historia del caballero y la dama desaparecida, Perucho desarrolla múltiples relatos. Al principio, adaptándolos a la secuencia histórica. La teoría de los autómatas de la primera parte incorpora las ideas de un poeta galo, Pietrus Mandiarga. Se trata, en realidad, del novelista

André Pieyre de Mandiargues, autor del prólogo del libro de Jean Prasteau *Les automates* (París: Livraire Gründ, 1968). Lo descubrí fácilmente, porque Perucho estaba enamorado de este libro y una temporada en que me interesé por E. T. A. Hoffmann y los autómatas en la literatura, me regaló un ejemplar. Más tarde ya no se molesta a latinizar los nombres y da paso al anacronismo porque sí.

Se podría escribir un índice interminable con las referencias y bromas eruditas que enriquecen el texto. Perucho utilizaba sus lecturas para desarrollar la acción a partir de la estructura de la búsqueda y del viaje. En la cuarta parte, cuando relata el viaje de regreso a Hispania, Kosmas ve una cúpula: el trovador Perucho se extiende sobre la idea de cúpula y monarquía en Eugenio d'Ors. Cuando llega a Venecia, ni siquiera se plantea como debía ser Venecia en el siglo v, si es que existía algo parecido a la idea que tenemos de Venecia en aquel tiempo. Piensa en Goethe y en una góndola de recuerdo que su padre le compró en un viaje: una historia totalmente apócrifa. En Roma, Kosmas pasea por el Palatino, pero, en lugar de ofrecernos las impresiones del caballero, busca una página de la *Descrizione di Roma Antica*, un libro de 1697, y la expone tal cual. Cuando termina de citar el texto en italiano, introduce una de aquellas trufas brillantes:

Había unas cabras que estaban pastando en un campo de hierba menuda y gris, sin edificar. Un chico las vigilaba con un perro peludo de mirada viva, mientras se comía un trozo de pan. El perro lo miraba jadeando, con la lengua fuera. El muchacho, que debía ser su dueño, le dio un hueso y el can lo rompió ruidosamente con sus poderosas muelas. Ponía la cabeza entre las patas delanteras y después, lamiéndose el hocico, volvía a mirar al chaval, meneando la cola.

Es una descripción formidable de un descampado. Perucho tenía una gran habilidad para coser lo narrativo, lo textual y lo visual cotidiano. La novela evoluciona sobre un bastón de tres puntas.

La idea del *collage* es consubstancial a la última parte del libro. Los monstruos asoman continuamente en sus páginas. Perucho quiere establecer un contraste entre la santidad y el desorden, entre la piedad y la vida bestializada. A lo largo de su peregrinaje por el mediterráneo, Kosmas y sus amigos encuentran el arbusto carnívoro llamado zamit, melusinas tímidas, la piedra silonita que crece con las fases de la luna, el escupidor de saliva negra mortal, quimeras, el flagelo revoloteador flexible y velozmente retráctil, dragones y ballenas. Pues bien, al llegar a las costas catalanas se topan con una familia de tritones y, más allá, surgiendo de las aguas, un Leviatán. El lector avisado se da cuenta de que Kosmas y sus amigos no navegan por un mar: lo hacen por un mapa con las representaciones alegóricas que, a veces, aparecen grabadas sobre las olas o junto a la leyenda. Es el mismo capítulo sublime en el que, llegados a Mallorca, el autómatas Arquímedes II compra «para su dueño, unas sobrasadas auténticas de las tribus del interior».

A Perucho le gustan las expresiones extrañas y pomposas: «ojos febricitantes», «inmensa sabiduría escrituraria», «hierbas emolientes». Le basta con una apostilla final para cambiar el sentido de una página: «lamentable episodio», «esta relación fue amablemente agradecida por san Isidoro, que le dedicó delicados elogios, de escogida erudición». Le interesaba la cultura pop y en algunas descripciones se intuye la presencia de películas de los setenta y los ochenta, como *Stars Wars* (1977) de Georges Lucas. Otras anticipan escenas y paisajes de *Blade Runner* (1982) de Ridley Scott o de *Dune* (1984) de David Lynch.

Si tuviera que quedarme con una página, probablemente escogería la descripción de las mutaciones de los tulipanes en Roma, las fiestas al aire libre, los escalones alfombrados y las jaulas doradas con los canarios imperiales. Tras esta explosión de sensualidad, Perucho ataca sutilmente a los asistentes a la fiesta: gente que abusa del poder, ignorante, incapaz de gozar los auténticos placeres de la vida, que son de carácter espiritual. Pero tulipanes y canarios no parecen muy carnales. Esa dualidad infunde carácter a diversos episodios de la novela. También a la aparición y peligrosa desaparición de la ciudad inexistente de Indala, de la que, al final, sólo queda el recuerdo de un dibujo de Paul Klee. Y la extraordinaria aparición de Egeria en la playa, que semeja una escena de *Las mil y una noches* (1974) de Pier Paolo Pasolini. Toda esta sensualidad aparece tensionada por la idea de la vejez. Cuando Kosmas se enamora de Egeria, la idea que le viene a la cabeza es que van a envejecer juntos. Debe ser un caso único en la historia amorosa de Occidente. Y, sin embargo, la novela es sensual, Perucho es sensual.

Por ejemplo, cuando retrata a Ustania, como si fuera la actriz de cine mudo Pola Negri, una *vamp*:

Desde hacía unos días, las presencias extrañas inquietaban a Kosmas y, de entre ellas, la obsesiva de Ustania, esclava de Liberio, de una belleza sofisticada y lánguida, refinada y sensual. Ustania observaba a Kosmas con unos ojos felinos en cuyo fondo se veían imágenes de humillación, de crueldad y de muerte. Liberio le ponderaba las perfecciones de la joven y exaltaba la plenitud escultórica de sus formas de soterrado ardor. Era lenta y voluptuosa. Liberio se la había cedido en prueba de estimación y de nada sirvieron las protestas de Kosmas, porque Liberio

consideraba el rechazo como una ofensa. Ustania lo miraba fijamente, inmutable, era amiga de gatos negros faraónicos y en su habitación vivía rodeada de almohadones, sedas y collares. Se encargaba, entre otras cosas, de servir las bebidas, en especial el *hidromiel*, que resultaba delicioso saliendo de sus expertas manos. Servía la mezcla en copa de plata y muy helada.

Todo lo que tiene que ver con Ustania es excesivo y luciferino. A veces explica la turbadora presencia de la mujer fatal con un detalle sacado de la vida sencilla del hogar.

Ustania le sirvió una taza de caldo de gallina, humeante y con mucha grasa, que le escaldó la lengua y el paladar. Tuvo que soplar un poco la superficie del líquido.

A Perucho le costaba hacer cuadrar a los personajes femeninos. Tendía a dejarlos de lado –como Agnés de Urpí en *Les històries naturals*, que desaparece de la trama a media novela– o, como sucede en *Las aventuras del caballero Kosmas*, a encerrarlos en un códice. Sus protagonistas, Tomás Safont, en *Llibre de cavalleries*, y Kosmas dudan entre el amor casto y un poco monjil de Rosaura y Egeria y la sexualidad insinuante de Eveline Nikopoulos y Ustania. Perucho se divierte describiendo los martinis que se toma Eveline y los bailes voluptuosos de Ustania. Sus héroes las prefieren provoconas pero se casan con las cosedoras angelicales.

La descripción de la casa caída, en Antioquía, tiene una vibración auténtica:

Kosmas empujó la cancela y entró en el jardín selvático, abandonado. Una espesa acumulación de arbustos y lianas

cerraban el paso al visitante, o al menos hacían su entrada dificultosa. Buscó el camino que conducía al estanque de los peces de agua dulce, casi oculto por la maleza, y encontró restos del mismo, con los mosaicos resquebrajados cubiertos por una capa petrificada de limo verdoso. [...]

Pero ¿dónde estaban las sombras del padre y de la madre? Las adivinaba en todas partes, porque aquella casa había sido edificada con el esfuerzo de ambos y sus sombras habían impregnado las paredes con sus palabras y con sus voces.

Bajo el empaque de escritor erudito, Perucho tenía un punto dadaísta importante. Por ejemplo, cuando describe al buitre Orgo como si fuera un gato.

Todo el mundo quedó muy impresionado con las quimeras, efectivamente, y se las veía revolotear por los aires de la estancia, extremadamente malignas, al extremo de que Orgo se acurrucaba asustado; pero no eran exactamente quimeras lo que creía ver nuestro bizantino, sino la efigie desdibujada y fluida, vagamente ectoplásmica, de Ustania, la esclava oriental, que se perdía en las tinieblas, lúbrica como Salomé, a través de las danzas nefastas y ostentosas.

Y más adelante:

Ugernum hizo aparecer una honda mientras recogía guijarros y piedras angulosas, Orgo, por su parte, erizó amenazadoramente las plumas y desplegó las alas de punta a punta.

Esa libertad de hacer cantar a un buitre, canciones imposibles para el siglo v, tiene un punto delirante. Perucho hace en la novela lo que le da la gana. Es religioso y pagano, popular y erudito, razonable y demencial.

Con *Las aventuras del caballero Kosmas* volvió a pisar la arena novelesca tras veinte años de ausencia e inició una última etapa en la que publicó otras cinco novelas. La última, *Les històries naturals*, se remontaba a 1960. Tenía el precedente de *Llibre de cavalleries*, de 1957. *Pamela* (1983) es una de las mejores de esta segunda etapa. *El baró de Maldà i les bèsties de l'infern* (1994) es muy divertida, panfletaria y muy actual. Entre ellas, *La guerra de la Cotxinina* (1986) y *Els emperadors d'Abissinia* (1989), novelas alocadas y eruditas.

Es un placer tenerlo de nuevo aquí. Tan divertido como siempre, inspirado por ideas despampanantes y lecturas raras. Siempre a punto para halagar y sorprender al visitante e invitarle a café, desde su butaca de terciopelo rojo.

JULIÀ GUILLAMON

PRIMERA PARTE

I

Kosmas era uno de los bizantinos llegados últimamente desde Mallorca con las naves militares de Liberio. Desde la ventana veía las calles repletas de gente y, más allá, la plaza de los Oradores invadida en aquella hora de la mañana por los tenderetes del mercado de especias singularmente interesante por el nuevo mecanismo tributario y la rápida exacción que permitía, incluso desde las inseguras fronteras de los godos. Cartagena (o «Cartago Nova», como decían todavía las lápidas de las puertas de Oriente, a pesar de la restauración de Liberio) se derramaba con morosidad hacia el puerto, de un valor estratégico incalculable, según afirmación de los entendidos. Las naves surcaban el agua azul de la mar y las gaviotas chillaban obstinadamente.

Contempló con atención unos geranios florecidos en unos tiestos de la terraza, y que apenas ahora cambiaban (una mutación silenciosa) de color y de tamaño, ya que del violento rojo primigenio pasaban, con brusca graduación, a un amarillo desvaído mientras crecían de manera perceptible. La mutación era rápida pero no tanto como la que, años atrás, siendo funcionario cualificado en Hipona, población tan estrechamente ligada a san Agustín, pudo contemplar en la oficina de recaudación de impuestos en cuyo jardín mutaban simultánea y vertiginosamente extensas gamas florales que iban de la rosa al ciclamen y de la hortensia a la exótica or-

quídea. Recordó unas frases agustinianas que aprendió de memoria en su infancia, cuando Florentina, la dulce niñera copta, se las enseñaba bajo el magnolio del huerto paterno, después de repasar la Didahé. San Agustín decía: «Vuestro es, Señor, todo aquello que es bueno. Vos mandáis que os amemos. Dadnos lo que nos enviáis y enviadnos lo que os plazca». O como proclamaba la liturgia romana de la misa: «Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui; secundum nomen tuum Deus» («Introito», Domingo 8.º después de Pentecostés).

Detrás suyo se produjo un chirrido y, al girarse, Kosmas vio cómo Macario, el autómatas que llevaba la contabilidad, se inclinaba peligrosamente sobre el escritorio. Lo enderezó con mucho cuidado y le puso unas gotas de aceite de girasol en las junturas de los codos, que era por donde más se estropeaba a causa del continuo roce que debía soportar. Echó una ojeada a las operaciones numéricas y a las diversas partidas de los asientos y comprobó la regularidad de las sumas y de las restas. Eran correctas.

Más hacia el fondo, Arquímedes I, de mecanismo menos complicado, se afanaba distribuyendo en largos pupitres de ónice montones de monedas según fuesen de oro, de plata o de cobre y, también, según fuesen únicamente de curso local o provincial, o válidas para todos los territorios del Imperio. En el primer caso, al que correspondían la mayoría de las monedas, además de los signos cristianos llevaban grabada la inscripción «Spania». En caso de duda, se golpeaban las monedas sobre el ónice para comprobar el sonido. Arquímedes I acercaba delicadamente la oreja y, después de contadas, eran guardadas en bolsitas por Arquímedes II, autómatas de rango inferior, aunque extremadamente amable y servicial, que cuidaba de las arcas. Los autómatas eran prudentes. No obstante,

su responsabilidad no estaba resuelta y era un enigma tanto desde el punto de vista civil como penal. Las *Pandectas o Digesto* no decían absolutamente nada sobre el tema.

Kosmas recaudaba todos los tributos de la provincia, que era extensa, a pesar de los continuos ataques del reino visigodo. El sistema impositivo era idéntico tanto para los contribuyentes de ascendencia germánica como para los de origen romano, o sea hispanorromanos. En esto se ceñía estrictamente a las instrucciones que su tío Basilio, gran estratega del Imperio, le había dado en Constantinopla y que habían sido corroboradas más tarde por el logoteta del Tesoro Público, el cual, después de comer un opulento higo de la bandeja que tenía enfrente, le expuso el plan general de la recaudación elaborado para el país donde lo enviaban, con la seguridad de que dicho plan sería desarrollado con inteligencia y eficacia por Kosmas, distinguido especialista en finanzas y hábil depredador de saqueables patrimonios particulares.

El ministro eructó ampliamente y, después de tragarse otro higo de la bandeja, le recomendó displicentemente que fuera al fondo de la cuestión (la cuestión del cobro), ya que podía tener completa seguridad en la ayuda de la organización administrativa y en la impunidad que le otorgaba el aparato jurídico. Mientras decía estas palabras, se filtraban por debajo de la puerta las melodías de los flautistas y la cadencia de las bailarinas hebreas.

Al llegar a este punto, el recaudador bizantino hizo sonar una campanilla a cuyo sonido apareció un gracioso sirviente adolescente, hijo de la portera principal, llamado Ugernum. Venía acompañado por un buitre amaestrado, ya en plena domesticidad. El buitre cantó una tonada griega, aquella que fue la preferida de la princesa Lyscaris, prima y compañera de Kosmas:

Ten, amor, el arco quedo,
que soy niña y tengo miedo.
Dicen que amor ha vencido
a las deidades mayores,
y que de sus pasadores
cielo y tierra está ofendido;
y habiendo aquesto sabido,
no es mucho temer su enredo,
que soy niña y tengo miedo.
Unos dicen el estrago
que en Tisbe y Píramo hiciste;
otros cuán ingrato fuiste
con la reina de Cartago;
y viendo que das tal pago
atemorizada quedo,
que soy niña y tengo miedo.

Kosmas, un poco emocionado, asintió satisfecho y, en aquel momento, con voz educada, dijo:

–Hablemos ahora de las delaciones (caso de que las haya) de los herejes y traidores principales. Que entre Midas.

Entró un sofista vestido de negro, luciendo un pectoral de bronce con la cruz esvástica, y se inclinó ceremoniosamente, con reverencia.

–Afortunadamente, hoy no hay delaciones, señor, porque la policía del *magister* (lo digo empleando la fórmula romana) ha obrado y sigue obrando con astuta diligencia en todo lo que se refiere naturalmente a espías y traidores del fisco. En cuanto a la herejía, ésta es más insidiosa y se esconde en los documentos, como vos sabéis perfectamente. Parece que, aparte de los arrianos, hay algún brote de las nefastas doctrinas de aquel loco llamado Prisciliano que fue, en su momento,

debidamente decapitado. Os traigo la fórmula de una bendición a los fieles que acabo de descubrir.

El sofista entregó a Kosmas el siguiente documento: «Padre Santo Dios todopoderoso que constituyendo el templo de tu gracia multiforme y el tabernáculo de la iglesia creada sobre Ti extendiendo las medidas de gloria inmensurable enseñaste por medio de Cristo que sólo en Ti se asienta la plenitud del invisible porque el Padre debe al hijo en la obra del Espíritu Santo».

Se hizo una pausa. Midas miraba a Kosmas.

—Efectivamente —dijo éste—. He ahí un fragmento del *Tratado Noveno* de Prisciliano sin puntuar. Realmente abominable. Herético.

Los autómatas se detuvieron atónitos, en silencio. Por la ventana subió un aroma de incienso o de sarmientos quemados.